

## LA DESNUDEZ DEL LOCO

A Jean-Marc Tauszik

### Armando Rojas Guardia

[...] El Señor Dios llamó al hombre –¿Dónde estás?  
Él contestó: – Te oí en el jardín, me entró miedo  
porque estaba desnudo [...] Y el Señor Dios le replicó:  
–Y ¿quién te ha dicho que estabas desnudo?

(Gen 3, 9-11)

1

La hora de bañarse era a las doce.  
Bajo la ducha todos, uno a uno.  
Las paredes: amarillentas, desteñidas.  
El sol del mediodía en las ventanas.  
Atrás dejábamos el patio, los árboles inmóviles  
y el rotundo imperio de la luz de agosto.  
Nos desvestíamos con prisa (el enfermero  
conminaba a hacerlo de ese modo).  
Juntos y desnudos ante los cuatro grifos  
de los que brotaba la ancestral terapia  
aplicable en estos casos: agua fría.  
Llegábamos en grupos hasta el baño,  
desamparada fraternidad de cuerpos,  
goteantes carnes, en la mitad del mundo  
–porque estar allí era una cósmica intemperie,  
la orfandad meridiana y absoluta:  
verse a sí mismo, desnudo ante los otros,  
desnudos también ellos, devolviéndonos  
a la solar ingrimitud de ser un cuerpo  
parado allí frente a los ojos  
del escrutinio ajeno, sin la sombra  
bienhechora y cobijante del pudor:  
sólo desnudo como el Adán culpable  
con la conciencia súbita de estarlo  
en la desolación panóptica del día,  
justo en el eje de las doce en punto.  
Sí, el sol en las ventanas también era  
un ojo coherente y vertical:  
la mirada de Dios, omnividente,  
de la que deseábamos huir, sólo escapar  
para no sentir la vergüenza de ser vistos  
siempre desnudos, con el sudor manante.  
Y el agua de la ducha va cayendo  
sobre la desnudez flagrante y compartida

y no aminora el ardor de ese ojo vivo  
clavado en la pulpa de ser hombre,  
ese sol sin párpados brillando  
sobre la piel empapada por el chorro  
de un gran incendio líquido.

Nuestros pies  
chapotean en los pozos que las grietas  
del piso hacen aflorar en tomo a ellos  
y un asco en flor asciende hasta la boca:  
náusea del agua corrompida que pisamos,  
de esos viscosos charcos, de la humedad  
pringosa, del olor a orina, de las losas sucias,  
asco de tanto desamparo genital  
en el centro nítido del cuerpo  
mientras el paranoico estupor del mundo  
permanece acribillado de ojos y más ojos  
dentro de la totalidad de la canícula.

Íbamos por fin saliendo, unos tras otros.  
Cabeceaban los árboles. Agosto  
refulgía, preciso, en la luz densa  
que gravitaba alrededor del patio.  
El almuerzo aguardaba (la comida  
era tomada con las manos: los cubiertos  
podían significar intentos de suicidio).  
Y esa ración de cárcel en los dedos  
venía a ser otra manera, avergonzada,  
de ser siempre observados  
—ahora ridículos, asiendo  
un puñado de arroz con la torpeza  
del que no se habitúa a comerlo de ese modo—,  
en cada bocado masticando el pánico  
desnudo de Adán a mediodía  
que en el baño fue certeza sensorial, clarividencia.

2

Pero él no quería bañarse a la hora en que todos debíamos hacerlo. Deseaba estar bajo la ducha de acuerdo a un horario personal, imprevisible: por la mañana o por la tarde, no a las doce. Era un deseo que implicaba automáticamente indisciplina, una heterodoxia de hábitos violentando el código impuesto, normativo.

Al enfermero le disgustó esa conducta al margen de las reglas. Blandiendo con la mano derecha el rejo que utilizaba para rubricar gestualmente su autoridad entre nosotros, una mañana sacó al muchacho —desnudo, por supuesto— de su baño personal y lo condujo al calabozo (porque había en ese caserón un calabozo) y lo encerró allí durante horas. Siempre me he preguntado lo que ese

compañero sentiría en aquella habitación hedionda, sin un mueble, en medio de los muros húmedos, sentado o acostado sobre el cemento helado, mirando la desleída claridad que se apelmazaba sin gracia en los cristales de un alto tragaluz, único contacto posible con el sol que, afuera, festejaba al patio, y con el viento matutino, y con el cielo absurdamente remoto a esa hora del día. Estaba desnudo el prisionero. Otra desnudez, distinta a la buscada para lavar el propio cuerpo en el agua lustral, bajo la ducha, le era ahora ofrecida dentro de aquel calabozo: la de estar sin abrigo en la gélida humedad, y la de estar excluido, siendo un réprobo.

3

Un joven la iba siguiendo, cubierto tan sólo con una  
sábana. Le echaron mano, pero él soltando la  
sábana, se escapó desnudo.  
(Mc 14,50-52)

Nosotros, desnudos, en el baño  
—el baño era el resumen convergente  
de toda nuestra vida en esa casa—  
y el muchacho desnudo en su prisión  
éramos y aún somos aquel hombre  
que Marcos infiltra, subrepticio,  
en el Getsemaní de entonces y de ahora.  
¿Quién era aquel joven que seguía a Jesús  
con la carne lunar cubierta apenas  
por el único ropaje de una sábana  
en esa noche de sudor de sangre,  
de inescuchada súplica, de la traición del beso,  
de antorchas y grupos, túnicas y espadas,  
rumor de pasos entre la maleza,  
amontonadas sombras al acecho,  
humillación y arresto y, al final,  
los tercios gallos del amanecer?  
¿Qué pasión inaudita puede conducir a alguien  
a salir hacia el oprobio y la amenaza,  
bajo la indiferencia universal de las estrellas  
con sólo una íngrima sábana por ropa?  
¿No había fiebre en la mente de ese joven?  
¿No obedecía su presencia allí, y su atavío,  
a una conciencia distinta a la ordinaria,  
a una visión de Jesús que no cabía  
en el tácito régimen oficial: lo acostumbrado?  
Marcos señala, con exactitud, que lo seguía.  
Seguía, pues, a Jesús como un discípulo,  
como lo hacían algunos en su patria,  
como hay que hacerlo ahora, un día tras otro.  
Un discípulo era, iluminado  
por un ardor mental que lo llevaba

a exponerse al peligro, a trastocar  
los hábitos –incluso el de vestirse como todos–,  
a autoexiliarse del lugar común  
del que la razón colectiva se alimenta  
para entregarse –únicamente con su sábana–  
al subterráneo, rebelde axioma del Proscrito,  
a la réproba lógica del envés, la cara oculta  
de lo real visto y vivido a la inversa, a contrapelo.  
Eso significaba, para él, ser un discípulo.  
Y eso significa todavía.

*se escapó desnudo*

Sólo desnudo podía huir  
de la muchedumbre ávida de sangre,  
la soldadesca insomne, la confusión  
de voces y de gritos, los empujones, los insultos,  
huir de la hora societaria de la ley  
buscando al Transgresor, al Reo de siempre.  
Su desnudez fue momentánea libertad  
para escapar de la gregaria trama  
que necesitaba a su víctima expiatoria,  
al señalado eterno con la culpa  
de no ser como todos: el distinto.  
Pero no huía, no, de la Pasión.  
Estaba todo él –su presencia en el relato  
lo confirma– inscrito en la tragedia  
que la noche del jueves diseñaba  
para cualquier discípulo del Réprobo:  
lo imagino andando ahora desnudo  
primero al ras de las ortigas que en el monte  
le laceraban la piel, luego en las calles  
ante el unánime asombro de vecinos, transeúntes,  
maldiciendo acaso su impudicia, preguntándose  
de dónde vendría sin ropas a esas horas.  
Su desnudez era observada, escudriñada  
con curiosidad objetante, minuciosa.  
¿Qué sintió, desnudo, al llegar a su cuarto  
y pensar en la casa de Caifás, llena de gente?  
Quizá escuchó él también el canto de los gallos  
en la vergüenza núbil de la aurora.

Nosotros todos éramos y somos  
aquel evangélico muchacho:  
las doce del día bajo la regadera  
y la mañana en el calabozo  
configuran una única noche detenida,  
un mismo Getsemaní agónico.  
Éramos y somos, como él,

aquellos afiebrados buscadores  
de lo que no se nos ha perdido,  
los perpetuos perplejos ante lo real,  
que para los demás es únicamente sólito  
–una simple magnitud de la costumbre–,  
los que, merced a un privilegio padeciente,  
ven al mundo al revés, al colectivo  
desde una periferia contumaz, al hombre  
con el virgen sobresalto del asombro,  
al universo entero girando en el pavor  
del primer ser humano frente al fuego  
o la exclamación de una llanura oceánica  
(vivimos de atávicos terrores que los otros  
se escamotean a sí mismos, para estar  
a salvo de la estupefacción del firmamento  
sobre el inmóvil Jardín de los Olivos).  
No, nunca fue fácil vivir para nosotros.  
Llenos de nuestro metafísico estupor,  
nuestra disonancia ante la Ley,  
nuestra subversión vocacional,  
nuestra manera tangencial, oblicua,  
de ser miembros de la especie,  
nuestro seguimiento metafórico  
–cubiertos por una única sábana precaria  
en las alucinaciones, el delirio,  
la depresión, las fobias, la manía–  
de Aquél de quien se habló de esta manera:  
*está loco de atar, ¿por qué lo escuchan?* (Jn 10,20)  
Y más cruelmente todavía:  
*sus parientes fueron a echarle mano,*  
*porque se decía que no estaba*  
*en sus cabales* (Mc 3, 21)

–La locura como metáfora e imagen  
del seguimiento de Jesús:  
*pues la sabiduría de este mundo*  
*es locura para Dios* (1 Cor 3, 19)

Un modo inconsciente de seguirlo  
que puede convertirse en voluntario  
si uno toma conciencia de la gracia  
que ha sido recibir la enfermedad  
como invitación a vivir de otra manera,  
con temor y temblor ante el milagro  
de existir todos los días, bajo el cielo.

Y desnudos. Estamos desnudos, como el joven,  
en el baño o en mitad del calabozo

escapados, desnudos del uso compartido  
de la razón social que exige víctimas  
y clava, desnudo, en el madero  
al que por ser diferente carga todas  
las culpas de los que son iguales  
al rasero común, a la horma idéntica.  
La locura es aquella desnudez  
a través de la cual nos escapamos  
de la cotidianidad de esa razón  
legislativa que fabrica, marginándolos,  
a los parias, los manchados, los impuros  
—fue el loco Rey Lear quien, por serlo,  
pudo sentenciar ante un Edgar confidente  
desde la desolada majestad de su delirio:

*Nadie es culpable, nadie,  
digo que nadie: yo seré su fiador*

La locura como inocencia absolutoria  
que desviste a los hombres de sus culpas.

4

Pero esa desnudez libérrima conoce  
la paradoja de ser también la otra,  
la propia desnudez ya percibida  
como maldición al ser examinada  
por los ojos de los otros, por la pupila del Otro  
frente a la cual nos desprotege  
ese mismo estar desnudos, observados  
por la visión ajena que se lлага  
en la conciencia de sí, hasta su médula.  
y el desnudo al que ya no le importaba  
el cómodo ropaje de la sujeción  
busca ahora, desesperadamente,  
ser vestido por la aprobación de esa mirada  
que lo escarba, esclavizándolo.  
Las dos desnudeces se entrelazan  
dentro del cuerpo único del loco.  
Y me pregunto si acaso la salud,  
la sola curación posible y deseable  
que no aportan ni aprontan sanatorios  
con sus multitudinarios baños de agua fría  
y calabozos para el deseo disidente  
(¿pensé, estando allí, en Auschwitz, en Dachau?)  
consiste en romper la trama inextricable  
que confunde la una con la otra:  
la libertad desnuda de Adán en el Jardín  
y esa misma desnudez ya avergonzada.